

DEL 17 AL 23 DE NOVIEMBRE DE 2007 NÚM. 2.589 3,60 €

# Vida Nueva

110211



La radio  
de la discordia

T. Cabos Gueza y otros

"Miedo de los  
inmigrantes ante  
la violencia  
racista" (2007)

RACISMO  
CERO

**CRECE  
EL MIEDO**  
ATAQUES XENÓFOBOS EN ESPAÑA

# MIEDO ENTRE LOS INMIGRANTES ANTE LA VIOLENCIA RACISTA

LOS EXPERTOS ADVIERTEN DE LOS PREJUICIOS Y MALESTAR QUE HAY EN AMPLIOS SECTORES DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA

**E**n las últimas semanas han saltado a los medios de comunicación españoles varios casos de violencia racista —la chica ecuatoriana agredida en el Metro de Barcelona, el colombiano apaleado en Madrid...—, un problema que aparece y desaparece de manera cíclica desde aquel 13 de noviembre de 1992, cuando fue asesinada la joven dominicana **Lucrecia Pérez** en el madrileño distrito de Aravaca. Este ha sido uno de los asesinatos racistas de mayor impacto mediático y social de la reciente historia de España. El autor del crimen, el guardia civil **Luis Merino**, fue condenado a 54 años de cárcel.

Cada vez que ven la luz o se recuerdan estos casos se plantea la pregunta: ¿los españoles somos racistas? Las encuestas parecen decir, en principio, que no, pero para los expertos la respuesta no es tan rotunda. Según **Tomás Calvo Buezas**, catedrático de Antropología Social y responsable del Centro de Estudios sobre Migraciones y Racismo (CEMIRA) de la Universidad Complutense de Madrid, “los españoles somos racistas si tenemos ocasión de serlo”, y recuerda las malas relaciones que históricamente ha habido

con los gitanos, “que era, hasta ahora, la única etnia diferente en España”. En relación con los últimos casos de violencia —incluido el de la muerte de **Javier Palomino**, de 16 años, a manos de un joven neonazi, el pasado día 10—, el profesor Calvo Buezas afirma que “los actos racistas o xenófobos violentos son pocos, pero aterrizan a muchos: a todo el conjunto de inmigrantes que siente miedo a salir a la calle”.

Según **Rosa Aparicio**, profesora de la Universidad Pontificia Comilla (UPC) e investigadora del Instituto Universitario de Estudios sobre las Migraciones de la UPC, en líneas generales “la convivencia es buena. Hay excepciones, pero los diferentes grupos de inmigrantes tienden a integrarse bien. De hecho, la segunda generación asume prácticamente todos los roles de los jóvenes de aquí, aunque siguen manteniendo sus tradiciones. En España, la dispersión es bastante amplia y no se dan los guetos, como puede suceder en otros países. Además,

la sociedad española parece que ya tiene claro que la mayoría de esta gente viene a ocupar puestos de trabajo que nadie quiere, y se acepta. Lo que no parece tan claro es que esta aceptación continúe si comienzan a ocupar puestos de trabajo de nivel superior”.

En esta misma línea, el representante español en la Comisión Europea de la Lucha contra el Racismo, señala que, “para mí, lo más grave es el racismo cotidiano, que no aparece todos los días en los medios de comunicación, pero que sí sufre el inmigrante cuando va a pedir trabajo, a solicitar una vivienda o cuando busca una atención sanitaria. Éste es un racismo soterrado y una

discriminación injusta, pero que demuestra un malestar social que existe en amplios sectores de la población española, que tiene prejuicios negativos hacia los inmigrantes, a los que acusan de traer delincuencia, droga, que son demasiados y que nos quitan los puestos de trabajo”.

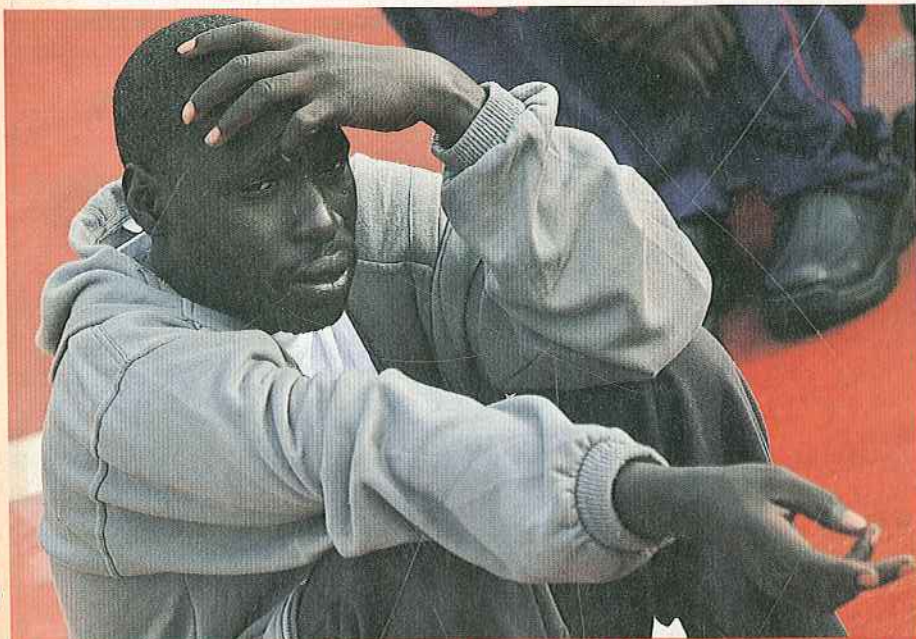
Rosa Aparicio cree que en España no valoramos el capital humano que aportan los inmigrantes, y esto es así porque “tenemos a pensar que los que vienen lo hacen de situaciones peores a las nuestras. Tenemos una idea ‘miserabilista’ del que llega de fuera, lo miramos con cierta conmiseración, sin tener en cuenta que la emigración es siempre selectiva”. Para la profesora Aparicio, nacida en Colombia, aunque lleva cuatro décadas viviendo en España, “hay muchas percepciones erróneas respecto a los inmigrantes, y eso crea muchos prejuicios”.

## Clase social

El racismo se da cuando alguien discrimina al otro y le priva de un derecho legítimo al buen nombre, al trabajo, a la vivienda, a la salud..., simplemente por su etnia, religión o nacionalidad. Para el profesor **Calvo Buezas**, a estas discriminaciones hay que unir la diferencia de clase social. “En estos casos —indica— discrimino más, trato peor a esos inmigrantes, porque además de ser diferentes, son po-



Tomás Calvo Buezas



La discriminación tiene también mucho que ver con la clase social a la que pertenecen los inmigrantes



Concentración ciudadana en Madrid tras el asesinato de un joven a manos de un neonazi

bres. No se trata igual a los que vienen en patera —a los que llamamos moros— que a los que llegan en yates llenos de *eurodólares*, a los que llamamos árabes. El lenguaje mismo hace una diferencia discriminatoria entre dos tipos de personas que pertenecen a la misma etnia, pero que, por pertenecer a distinta clase social, tratamos de forma diferente”.

Otra cuestión que se plantea cuando se conocen casos de violencia racista es si la legislación española está bien orientada para el castigo de los actos violentos con tintes xenófobos. “El problema es la

aplicación de esta normativa”, asegura el responsable del CEMIRA, quien añade que “no quiero decir que sea problema de los jueces, pero creo que deberían hacer un esfuerzo para castigar con más dureza actos como el de la chica ecuatoriana de Barcelona. Produce muy mal efecto que el agresor esté en la calle a los cuatro días, independientemente de la intención y el fundamento jurídico que haya tenido el juez. Eso es un escándalo. Puede ser legal lo que el juez ha hecho, pero desde luego es injusto”.

J. Ignacio Igartua

## ESCALA VALORACIÓN DE LA DIFERENCIA CULTURAL

Una de las últimas encuestas realizadas en España sobre racismo y xenofobia fue la realizada el año pasado por la Secretaría de Estado de Inmigración y Emigración en la que se pone de manifiesto un claro rechazo hacia las manifestaciones abiertas de racismo. Para el profesor **Calvo Buezas**, “el poder tiende a resaltar los datos positivos en este tipo de estudios, lo cual está bien, pero es muy importante no olvidar todo el sustrato estructural que hay en los datos negativos”.

La mayoría de los encuestados, un 65%, valora positivamente la existencia en la sociedad española de personas de origen racial, religión y cultura diferentes. El 35% restante parece no valorar positivamente esa presencia, lo cual resulta un dato preocupante.

En este sentido, **Rosa Aparicio** señala que “aquí decimos mucho lo políticamente correcto, pero son muy pocos los que valoran las diferencias culturales o religiosas. En realidad, estamos muy contentos de ser como somos y no aceptamos otras maneras de ser o de pensar. El enriquecimiento cultural que pregonamos no es real”. Así no debe extrañar que el 45% de los españoles opine que los inmigrantes deberían mantener sólo los aspectos de su cultura o religión que no molesten al resto de los españoles, o que el 30% justifique que la gente proteste por la construcción de una mezquita en su barrio.

En la citada encuesta se indica también el consenso que hay entre la población española para la concesión de derechos sociales a los inmigrantes. De esta manera, el 85% está de acuerdo en que puedan traer a su familia; un 91% opina que deben cubrir el subsidio de desempleo; el 80% cree que deben votar en las elecciones municipales; y el 86% asegura que deberían obtener la nacionalidad española.

Otro dato interesante que demuestra el citado trabajo sociológico es que el 62% de los encuestados no está de acuerdo con la afirmación de que los inmigrantes quiten puestos de trabajo a los españoles, aunque el 59% afirma que, al aceptar sueldos más bajos, hacen que bajen también los salarios de los demás.

## La revolución naranja

Alejandro Fernández Barrajón

En estos días han sido actualidad los monjes birmanos por su actitud militante en defensa de las libertades religiosas y sociales de su país. Una marea anaranjada ha inundado calles y plazas, a pecho descubierto, frente a la intolerancia de bronce de las autoridades, que ha arrastrado detrás al pueblo entero. Todo un símbolo y una actitud comprometida ante la vida.

Me pregunto si la vida consagrada española está dispuesta también a ser militante de causas nobles con el mismo coraje. O, por el contrario, permanecerá atrincherada en sus castillos de invierno, pase lo que pase.

Tal vez lo más valioso que podemos ofrecer los consagrados no sea otra cosa que la fuerza del símbolo, la fuerza referencial de nuestra vida cuando se llena de fidelidad y coherencia. Desde apuestas firmes por la paz, la justicia y la integridad de la creación, podemos ir tejiendo un tapiz de colores variados donde crezca en forma de red una respuesta cada vez más sólida a los grandes desafíos del momento actual. Para ello, hay que recorrer un camino militante y dejar a un lado propuestas de santidad trasnochadas y únicamente espirituales.

Se percibe una demanda creciente por hacer de nuestra espiritualidad una apuesta más encarnada, a modo de manifestación pacífica y silenciosa, que nos haga mirar de manera contemplativa al lado del camino para ver al caído, al derrotado, al extranjero. Está creciendo una vida consagrada cada vez más samaritana y menos de sacristía; cada vez más humana y menos alejada. Y esto, que es todavía un pequeño rumor, puede convertirse en un estruendo como ha sucedido con la revolución naranja. La santidad *light*, por muy incensada que esté, cada día convence menos a los consagrados. Tiempo al tiempo.

Alejandro Fernández Barrajón